

GIULIA COLAIZZI (ed.)

# Cine, interculturalidad y políticas de género

Noël Burch, Teresa de Lauretis,  
Márgara Millán, Laura Mulvey y Paula Rabinowitz

CÁTEDRA  
 Signo e Imagen

## Índice

INTRODUCCIÓN. <i>IN MEDIA RES</i> , Giulia Colaizzi .....	7
DIÁLOGO INTERTEXTUAL Y NUEVA TEORÍA FÍLMICA FEMINISTA, Laura Mulvey .....	27
LA INTELLECTUAL Y LA LAGARTA: ESTUDIO COMPARADO DEL CINE Y TIPOLOGÍAS DE FEMINIDAD, Noël Burch .....	45
DE OBJETOS PERDIDOS E ICONOS DEL DESEO: LA TOBILLERA DE BARBARA STANWYCK, Paula Rabinowitz .....	75
¿Fetiche, icono o símbolo? .....	75
«Un objeto mágico» .....	83
Otros pequeños objetos .....	87
Con tobillera .....	93
DONDE TERMINA LA EXISTENCIA: LA REALIDAD VIRTUAL DE CRONENBERG, Teresa de Lauretis .....	101
«Die Destruktion als Ursache des Werdens» .....	104
<i>Jenseits des Lustprinzips</i> .....	106
«Donde la existencia termina y la <i>eXistenZ</i> <sup>TM</sup> comienza» .....	112
EN OTRO ESPEJO. CINE Y VÍDEO MEXICANO HECHO POR MUJERES, M <span>á</span> rgara Millán .....	125
El cine mudo: la aventura del inicio .....	126
Matilde Landeta y el cine como industria .....	131
El cine como cultura, el cine como política: el Colectivo Cine-Mujer .....	141

Un cine de autora. El cine de mujeres de fin del siglo xx .....	154
Busi Cortés: «En realidad, no he buscado hacer cine, sino perpetuar la felicidad de la infancia» .....	156
María Novaro: «Se me estaba acabando la revolución» .....	159
Marisa Sistach: «Cuando yo estaba en <i>La Revuelta</i> , nadie quería ser cineasta» .....	165
<b>BIBLIOGRAFÍA</b> .....	173

## INTRODUCCIÓN

### *In media res*

GIULIA COLAIZZI  
Universitat de València

El trabajo que hemos llevado a cabo en este volumen tiene como punto de partida la reflexión articulada en el libro *La pasión del significante. Teoría de género y cultura visual* (Colaizzi, 2007). En dicho volumen apuntábamos la necesidad de un análisis de las formas comunicativas propias de una sociedad como la contemporánea, caracterizada por procesos de tecnologización cada vez más rápidos y generalizados, una sociedad en la cual vivimos, como afirmó Julia Kristeva (1980), la «crisis del Verbo» y, en palabras de Wlad Godzich (1993), «bajo la hegemonía de la imagen». Frente a la omnipresencia de lo visual en nuestra cultura, consideramos de crucial importancia contribuir al proyecto general de desnaturalización de la imagen auspiciado por Barthes (1980) y Burch (1987) especialmente, en un momento en el cual, con las nuevas tecnologías electrónicas, la realidad se convierte en algo radicalmente «satelizado» y las imágenes aparecen cada vez más como discurso *del* mundo y no *sobre* el mundo. Es lo que subraya W. J. T. Mitchell con su propuesta de un «giro pictorial» [*pictorial turn*] en fase de sustitución del giro lingüístico como modelo epistemológico e interpretativo, cuando afirma: «[...] la época del vídeo y de la tecnología cibernética, la era de la reproducción electró-

nica, ha producido *nuevas formas de simulación e ilusionismo visual sin precedentes*»<sup>1</sup>.

En el interior de dicho proyecto general, argumentamos en favor de un trabajo crítico que hiciese hincapié, por un lado, en la semiótica como teoría general de la comunicación y de la producción/reproducción socio-ideológica y, por el otro, en la teoría de género en tanto teoría del discurso, dimensión crítica indispensable para una comprensión efectiva tanto de la subjetividad como del imaginario social. Nos parecía que el diálogo entre los dos ámbitos permitiría, en primer lugar, proveer una base teórica general al discurso del feminismo (ya liberado, con el concepto de género en tanto mecanismo semiótico-discursivo de producción/reproducción social, de un empirismo fácil y de su supuesta dependencia del discurso antropológico). Permitiría asimismo a la semiótica una vinculación fuerte con cuestiones de justicia social por un lado —cuestiones cruciales en el contexto actual de mundialización neoliberal— y, por el otro, con la dimensión pulsional, imaginaria, del sujeto (del mundo como fantasía del *subiectum*)<sup>2</sup>. La constatación de la utilidad de esta relación doble (o doblemente especular) entre semiótica y teoría de género ha llevado a ahondar en tales cuestiones y trabajar sobre las relaciones entre imagen, teoría de género e interculturalidad. Ahí donde, en *La pasión del significante*, cerrábamos la reflexión abogando por la necesidad de un reemplazo de un modelo hermenéutico por uno semiótico, apuntando a la necesidad de ir más allá de la «fenomenalidad del significante»<sup>3</sup> para analizar los mecanismos que producen la creencia en tanto mecanismo que «sostiene la fantasía que regula la realidad social»<sup>4</sup>, en este volumen colectivo se plantea la noción de «interculturalidad» para destacar la red compleja de determinaciones históricas, tecno-semióticas y político-ideológicas que subyacen y hacen posible la idea misma de cultura. Consideramos necesario intervenir en el debate acerca de la producción cultural en un momento como el presente, definido por la reflexión crítica como el del «gran

---

<sup>1</sup> W. J. T. Mitchell, *Picture Theory. Essays on Verbal and Visual Representation*, Chicago, Chicago University Press, 1994, pág. 15 (la es cursiva mía). Véase también, al respecto, Neal Curtis (ed.), *The Pictorial Turn*, Londres, Routledge, 2010.

<sup>2</sup> Se entiende aquí el sujeto en el sentido althusseriano del término. Véase G. Colazzi, *La pasión del significante*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, págs. 37-56.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pág. 158.

<sup>4</sup> Slavoj Žižek, *The Sublime Object of Ideology*, Londres y Nueva York, Verso, 1989, pág. 36.

retroceso»<sup>5</sup>: la época que, destruyendo el optimismo originado con el fin de la guerra fría en 1989 (caída del muro de Berlín), se inauguró con los atentados del 11 de septiembre 2001 (que llevan a implementar la «Guerra Global contra el Terror») y ha avanzado en el nuevo siglo con la crisis financiera y económica de 2008, con efectos e implicaciones también globales en múltiples ámbitos. En un contexto en el cual, además, se han abierto grietas en el proyecto de un espacio común europeo entendido más allá de la simple conveniencia económica de los Estados-nación (con la crisis griega, el Brexit y la respuesta deficitaria de la Unión Europea a los movimientos migratorios hacia Europa), es fundamental no solo ahondar en la reflexión crítica, sino mirar a la historia para entender y hacernos cargo de nuestro presente, marcado por una íntima conexión entre intereses económicos, tecnologización y prácticas de representación/comunicación.

En este sentido, el estudio sobre la conceptualización moderna de cultura, publicado justo en el cambio de siglo por Terry Eagleton<sup>6</sup>, permite ver con claridad el trayecto, complejo y ambivalente, de la noción de cultura. El autor apunta al doble viraje semántico del concepto, atestiguado por la etimología latina del término: *colere*, que ahonda sus raíces en el trabajo rural (y evoca por lo tanto la idea de «producción»; antes de ser una entidad, la cultura fue entendida como una actividad, afirma el autor), nos remite a las nociones de «cultivar» y «habitar», «veneración» y «protección». Eagleton subraya como *colere* desemboca en el término religioso *cultus* (valor trascendente de la cultura), mientras el significado de «habitar» evoluciona desde el latín *colonus* hasta el término «colonialismo». Asimismo, en el sentido plenamente moderno del término, la cultura se convierte en equivalente de «civilidad» (cortesía, educación; cualidad del ciudadano que cumple con sus obligaciones para con la comunidad)<sup>7</sup> y en sinónimo de «civilización» y, como tal, forma parte del espíritu general de la Ilustración, con el culto al autodesarrollo secular y progresivo. Término a la vez descriptivo, valorativo y normativo, la cultura como civilización designa el proceso gradual y unilineal de refinamiento social de lo humano y el *telos* utópico y universalista al que tendía la Razón Ilustrada.

---

<sup>5</sup> AA.VV., *El gran retroceso. Un debate internacional sobre el reto urgente de reconducir el rumbo de la democracia*, Barcelona, Seix Barral, 2017.

<sup>6</sup> Terry Eagleton, *The Idea of Culture*, Oxford, Blackwell, 2000.

<sup>7</sup> Véase el término «cultura» en Raymond Williams, *Keywords. A Vocabulary of Culture and Society*, Nueva York, Oxford University Press, 1983, págs. 87-93.

Con la *Kulturkritik* —el segundo viraje semántico del término— de los románticos alemanes (desde Herder) se plantea una noción de cultura como intrínsecamente plural: hay que hablar de las culturas específicas y variables de naciones distintas y de periodos distintos, así como de las culturas específicas y variables de grupos sociales y económicos distintos dentro de una nación. Esta idea plural de cultura se usó para enfatizar primero las culturas nacionales y tradicionales y el nuevo concepto de *Volkkultur* (cultura del pueblo, cultura popular). Más tarde se usó para criticar lo que se veía como el carácter mecánico de la nueva civilización que estaba emergiendo: para criticar tanto su racionalismo abstracto cuanto la inhumanidad del desarrollo industrial de la época.

De todas formas, sea como civilización, sea como reivindicación de una multiplicidad de formas particulares de vida irreductibles a un modelo único, homogéneo y universal —nociones que son la base de la polémica que se desarrolla a lo largo del siglo xx entre cultura de élite/cultura de masas (*high culture/low culture*) y del descrédito de esta última<sup>8</sup>—, la idea moderna de cultura revela su íntima vinculación con el Estado-nación (en términos de funcionalidad absoluta o de resistencia) y con el sueño moderno, exquisitamente político, de totalidad, desarrollo e identidad. Dicho proyecto se configura mediante un proceso articulado y complejo que da al Estado-nación la consistencia, la fuerza y la coherencia de lo que Benedict Anderson (1983) llama una «comunidad imaginada».

La noción del Estado-Nación como comunidad imaginada es especialmente relevante porque, en los procesos que llevan a la configuración de los Estados nacionales modernos, que son procesos cuantitativos y cualitativos, el autor ve fundamentalmente la ampliación, unificación y definición de mercados. Dichos fenómenos se hicieron posibles

---

<sup>8</sup> Entre los textos de referencia sobre el tema, véanse Theodor Adorno y Max Horkheimer, «La industria cultural. Ilustración como engaño de masas», en *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Trotta, 1998, 3.ª ed.; Walter Benjamin, «La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica», en *Discursos interrumpidos*, Madrid, Taurus, 1973; Herbert J. Gans, *Popular Culture and High Culture: an Analysis and Evaluation of Taste*, Nueva York, Basic Books, 1974; Andreas Huyssen, *After the Great Divide. Modernism, Mass Culture, Postmodernism*, Bloomington, Indiana University Press, 1984; Andrew Ross, *No Respect: Intellectuals & Popular Culture*, Nueva York, Routledge, 1989; Geneviève Sellier y Éliane Viennot (eds.), *Culture d'élite, culture de masses et différence des sexes*, París, L'Harmattan, 2004, y Stuart Hall, *Essential Essays*, Durham, Duke University Press, 2019.

por la invención de la imprenta por un lado, el empuje del «print-capitalism» (capitalismo de la imprenta, de la palabra escrita) por el otro, y de la alianza de este con el Protestantismo. Estos procesos conllevan —de hecho, necesitan— sistematización y ordenación lingüística: creación de idiomas escritos que se puedan reproducir mecánicamente, capaces de diseminación en el mercado; difusión lenta, desigual geográficamente, de las lenguas vernáculas como instrumento para la centralización administrativa; creación de campos unificados de intercambio y comunicación *por debajo* del latín (que había perdido pie tanto en la práctica eclesiástica como en la vida cotidiana de la población) y *por encima* de las hablas vernáculas<sup>9</sup>.

Desde este punto de vista, lo que hizo posible la formación de nuevas comunidades *imaginables*, que luego se identifican con Estados nacionales con culturas y fronteras propias y definidas, fue la *interacción entre* un sistema de producción y de relaciones de producción, una tecnología de la comunicación (la imprenta), y la diferenciación lingüística (en tanto parte del proceso de ampliación, homogeneización y diferenciación de los mercados). Dicho en otros términos, este proceso conlleva la activación y la acción conjunta de las dimensiones estructural y superestructural del edificio social.

En este sentido, se hace evidente la necesidad de superar el maniqueísmo que opone distintas versiones y nociones de cultura, y entender que la cultura es e implica, desde siempre, interculturalidad. Es decir, la interculturalidad es la *condición de posibilidad* de lo que llamamos cultura en tanto concreción histórica específica de las fuerzas, los procesos y los poderes que actúan (interactúan) en la semiosfera, en un espacio concreto y en un tiempo concreto<sup>10</sup>. Esto quiere decir que la

---

<sup>9</sup> En 1517 Lutero clavó sus tesis en la capilla de Wittenberg en alemán, y en 15 días su existencia era conocida por todo el país. Sus obras constituyen por lo menos la tercera parte de todos los libros vendidos en alemán entre 1518 y 1525, y entre 1522 y 1546 aparecieron 430 ediciones, enteras o parciales, de sus traducciones de los textos bíblicos. Lutero no fue solo el primer autor de *best-seller*, sino el primer escritor que «vendió» sus libros sobre la base de su nombre. En Ginebra hubo 42 ediciones del texto de Calvino entre 1533 y 1540, pero 527 entre 1550 y 1564; la ciudad suiza contaba, para esta fecha, con 40 imprentas en activo. Por el otro lado, en el «frente» católico, el *Index Librorum Prohibitorum* del Vaticano fue necesario por el mero volumen de la «subversión» impresa (véase Benedict Anderson, *Imagined Communities*, Londres, Verso, págs. 40-49).

<sup>10</sup> Entendemos que a este mecanismo se refiere Walter Mignolo con la noción de «heterogeneidad histórico-estructural» de los procesos históricos en general, y de lo que